

pecados) le obedecemos al revés. Oímos los gritos que nos exhortan á amar á nuestros enemigos : habian de obedecerse en amar los del cuerpo, y obedecémoslos en amar los del alma. En los malos, que son muchos, ¿ qué otra cosa se ama que el mundo ? ¿ En qué otra cosa se agota la afición que en la carne y en el demonio ? Disculpámonos nosotros, enseñados por la verdad, y acusamos á los gentiles sin luz, que, guardando el decoro á la virtud moral y política, se vengaron de ofensas en su religion irremisibles, en la cual el darse muerte á sí mismos era accion heróica y se vió premiada con estatuas y aras.

No hay fiar en victorias : si César no venciera esta batalla, no arrimara á su corazon en su lado los puñales de Bruto y de Casio. Méenos se ha de fiar en socorros y confederaciones. Si Pompeyo no fuera asistido de Marco Bruto (cosa que estimó tanto), no trajera á sí la espia de su retirada para su muerte. Una cosa es tener y alcanzar victorias, otra lograrlas. Es hazaña de la providencia de Dios el vencer con sus propias victorias á los vencedores ; porque es peor no saber vencer, que ser vencido. Dios para su castigo no necesita de confederar su justicia con la calamidad del delincuente. Da riquezas para empobrecer, da victorias para rendir, da honras para desautorizar. Y por el contrario, autoriza con el desprecio, hace victoriosos con la pérdida, y con la pobreza ricos. Parte de esto sin respuesta se ha verificado en Bruto, en Pompeyo y en César ; y en esta vida y en estas muertes se verificará todo.

#### TEXTO.

« Habiendo de pasar César á África contra Caton y Scipion, dejó á Bruto en la Galia Cisalpina por buena dicha de aquella provincia ; porque, como las otras provincias, por la avaricia y lujuria de los gobernadores, estuviesen peor tratadas de la insolencia de la paz que pudieran estarlo del furor de la guerra, esta sola provincia, en la virtud, religion y templanza de Marco Bruto restaurada de los robos de sus antecesores, respiraba gozosa y abundante. Y en virtud de este buen gobierno, Marco Bruto hizo á César amable de todos los que primero le aborrecian. Por lo cual, volviendo César á Italia

por las ciudades que habian gozado el gobierno de Bruto, cobró el agradecimiento de tal ministro en aclamaciones gloriosas de todos, que con el reconocimiento de Bruto le fueron aplauso magnífico. »

#### DISCURSO.

El buen gobernador, que sucede en una ciudad ó provincia á otro que lo fué malo, es bueno y dichoso, porque, siendo bueno, sucede á otro que le hace mejor. El que gobierna bien la ciudad, que otro gobernó mal, la gobierna y la restaura. Débesele la constancia en no imitar al que le precedió, y atajar la consecuencia al escándalo, y acreditar la imitacion al ejemplo. Fué la virtud y el desinterés de Marco Bruto quien solamente hizo que los pueblos, olvidando el aborrecimiento que le tenian por tirano, le amasen como príncipe. Justamente se deben á los reyes las alabanzas de los buenos ministros, pues justamente padecen las quejas que ocasionan los que son malos. Por esto deben considerar, cuando eligen gobernadores, que en diferentes personas se eligen á sí mismos. Esclarecido y digno maestro de los monarcas es el sol : con resplandeciente doctrina los enseña su oficio cada día, y bien clara se la da á leer escrita con estrellas. Entre las cosas de que se compone la república de la naturaleza, espléndida sobre todas es la majestad del sol. La matemática astrológica, ciencia que le ha escudriñado las acciones y espiado los pasos, demuestra que, sin violentar su curso, obedece en contrario movimiento el del raptó. No se desdeña de obedecer en algo quien todo lo ilustra y lo cria ; y con tal manera se gobierna, que ni del todo obedece, ni con soberbia se resiste. Y pues ninguno es tan grande como el sol, ni tiene tantas cosas á su cargo, para acertar deben imitarle todos. Han de ir, como él, por donde conviene ; mas no siempre han de ir por donde empezaron ni por donde quieren. Empero esta obediencia y este albedrio no se ha de conocer sino en la concórdia de su gobierno. No se ve cosa en el sol que no sea real. Es vigilante, alto, infatigable, solícito, puntual, dadivoso, desinteresado y único. Es príncipe bienquisto de la naturaleza, porque siempre está enriqueciéndola y renovándola de los elementos, vasallos suyos : si



algo saca, es para volvérselo mejorado y con logro. Saca nieblas y vapores, y restitúyelas en lluvias que fecundan la tierra. Recibe lo que le dan, para dar mas y mejor lo que recibe. No da á nadie parte en su oficio. Con la fábula de Faeton enseñó que á su propio hijo no le fué licito, pues fué despeñado y convertido en cenizas. Fábula fué Faeton; mas verdad será quien le imitare : cosa tan indigna, que no pudo ser verdad en el sol, y lo puede ser en los hombres. Finja la fábula que fué de manera que atemorice, para que no sea. Tambien mintieron que el sol se enamoró de Dafne, que se volvió en laurel, para enseñar que los amores de los reyes han de ser laureados mas que agradecidos, y no quejosos hán de premiar la honestidad que huye de ellos. El secreto del gobierno del sol es inescrutable. Todo lo hace; todos ven que lo hace todo; venlo hecho, y nadie lo ve hacer. No carecen de doctrina política sus eclipses. En ellos se aprende cuán perniciosa cosa es que el ministro se junte con su señor en un propio grado, y cuánto quita á todos quien se le pone delante. Liciones son estas en traje de metéoros. Es el sol sumante llano y comunicable : ningun lugar desdeña. Mandóle el gran Dios que naciese sobre los buenos y los malos. Con un propio calor hace diferentes efetos; porque, como grande gobernador, se ajusta á las disposiciones que halla. Cuando derrite la cera, endurece el barro. Tanto se ocupa en asistir á la produccion de la ortiga como á la de la rosa. Ni á intercesion de las plantas trueca los frutos. Y con ser excesivamente al parecer tratable, es inmensamente severo. Él da luz á los ojos para que lo vean todo; y juntamente con la propia luz, no consiente que le vean los ojos : quiere ser gozado de los suyos, no registrado. En esto consiste toda la dignidad de los principes. Y para que conozcan los reyes cuán temeroso y ejecutivo riesgo es el levantar á grande altura los bajos y los ruines, apréndanlo en el sol, que sólo se nubla y se anochece cuando alza mas á si los vapores humildes y bajos de la tierra, que, en viéndose en aquella altura, se cuajan en nubes y le desfiguran. Mas en la cosa que mas importa á los monarcas imitar al sol, es en los ministros que tiene, en quien se sustituye. Delante del sol ningun ministro suyo aparece ni luce; no porque los deshace, que fuera crueldad ó liviandad, sino porque los desaparece en el exceso de luz, que es

soberanía. La luz que les da no se la quita cuando los esconde, sino se la excede. No crecen sino de lo que él les da : por eso menguan los ministros muchas veces, y el sol ninguna. Y en el señor que los ministros crecieren de lo que toman del señor y de los súbditos, las menguantes se verán en él y no en los ministros. Es eterna, digo perpetua, la monarquía del sol, porque en su estilo, desde que nació al mundo, ningun siglo le ha acusado novedad. Es verdad que llamarán novedad pararse en Josué, volver atras en Achab, eclipsarse en la muerte de Cristo. Novedades milagrosas permitidas son á los reyes. Pararse para que venza el capitan que pelea, volver atras porque se enmiende y anime el afligido, oscurecerse con el sentimiento de la mayor maldad : son novedades y diligencias dignas de imitacion, como, las que no son de esta casta, de aborrecimiento.

Esta postrera parte de los ministros estudió Julio César en el sol, cuando eligió á Marco Bruto por gobernador de la Galia Cisalpina; pues, contra el robo de los que le precedieron, sólo recibió de su príncipe la honra. Y cuando volvió á Italia por donde gobernaba, dejándole todo el amor y aclamaciones, se obscureció delante de él en su luz, no con su despojo

#### TEXTO.

« Era Marco Bruto cuñado de Casio, por estar Casio casado con Junia hermana de Bruto. Debía Casio á Bruto el estar en la gracia de César; y en medio del deudo y amistad tan grande, vinieron á enemistarse por la pretura que llamaban urbana, que entre todas era a mayor. Hubo quien dijese que el propio César mañosamente habia mezclado esta discordia entre los dos secretamente, dando á entrambos esperanza de alcanzarla. Marco Bruto oponia, á las gloriosas hazañas que Casio habia obrado con los partos, su nobleza y su virtud. Por esta diferencia estuvieron los dos cerca de venir á las manos. Súpolo César, y determinó la causa, diciendo : Mas justa es la pretension de Casio; empero lo mejor se ha de dar á Bruto. Hizolo así, y dió á Casio otra pretura, el cual no quedó tan agradecido de la que le dió como quejoso de la que no le habia dado. Y no sólo en esto fué Bruto dueño de la voluntad de César,



sino que si fuera ambicioso, en todo lo fuera, y mandara el imperio. Mas la familiaridad con Casio le estragaba el amor que á César debía tener; porque, si bien no estaba reconciliado con Casio, oia los consejos de sus amigos, que le instigaban diciéndole que no se dejase llevar de las caricias del tirano, ni envilecer y comprar de sus beneficios; que ántes debía irse retirando de su familiaridad y trato, porque era cierto le honraba, no para premiar sus virtudes, sino ántes para distraerlas é infamarlas. Y de verdad César no se aseguraba de todo punto de Marco Bruto; pues, aunque se persuadia que por sus buenas costumbres le sería agradecido, recelaba, con todo, la grandeza de su espíritu, el séquito de sus letras, el valor de su persona y la autoridad numerosa de sus amigos. »

## DISCURSO.

Muchas veces el parentesco ocasiona lo que debía estorbar: dígolo mas claro. El ser hermanos, primos y cuñados, padres y hijos, sirve mas veces de disculpa de dejarlo de ser, que de razon para serlo. Oiga cada uno á su parentela, y ella me servirá de comento. Afirmino que la sangre y afinidad es pretexto, y no deudo. Los privados de los reyes nada han de tener mas léjos de sí que á los que les tocan mas de cerca, por dos causas: la primera, porque el príncipe se fia de los tales como de personas que son de tan estrecha obligacion y deudo con su valido; y pareciéndole que el dia que él se los puso al lado pretendió esto, los adelanta sin sospecha de darle celos, y así se acostumbra á otros y se divide: grandes inconvenientes para conservar la voluntad humana granjeada; y cuando empieza á recelarse, halla que ha menester defenderse. La segunda, si no es mayor, no es ménos peligrosa, pues los parientes del poderoso, en el puesto que él les da, para no cumplir con la obligacion en que los pone, dicen que él cumple con la que tiene: ahórranse el agradecimiento, llaman la ingratitud lisonja, persuádense que todo lo tienen merecido, pretenden con presuncion, y atrévense á dar qué sospechar, sólo porque no deben ser tenidos por sospechosos. Al fin son enfermedad en la sangre, que si no se saca, no se cura. Es de tal condicion esta verdad, que tratarla en confuso es nombrar ejemplos. Así le

sucedió á Marco Bruto con su cuñado Casio, que en reducirle á la gracia de César y ponerle á su lado, se acreditó un competidor. Hacer bien á otro sin hacerse mal á sí, blason es de Dios: no por esto pongo dificultad en el hacer bien, sino cuidado: digo que se haga y que se mire á quién se hace. El Espíritu Santo lo aconseja así en los *Proverbios*: *Si benè feceris, scito cui feceris, et erit gratia multa in bonis tuis.* « Si hicieres bien, mira á quién lo haces, y alcanzarás mucha gracia en tus bienes. » Segun esto, mal sano queda nuestro proverbio español que dice: « Haz bien, y no mires á quién. » Tampoco digo que no se ha de hacer bien á todos, á los buenos y á los malos, á los amigos y á los enemigos: á los buenos porque lo merecen, á los malos para que lo merezcan; á los amigos porque lo son, á los enemigos porque no lo sean. Ciérrase en esto un escondido y alto misterio de la caridad, y una bien avisada avaricia política. Dije que, debiéndose hacer bien á todos, se mire á quién se hace. Hacer bien es poner en honra; y hay quien sólo aguardó á verse en ella para ser ruin. Y como no se puede negar que el que dió la honra hizo bien, tampoco se podrá negar que al que se la dió le hizo mal, si con ella le hizo ruin. Por eso se ha de mirar á quién se hace bien; porque haber quien con el bien se hace malo, siempre se ha visto, y quien con el mal se hace bueno, muchas veces se ve. Si Julio César mirara á quién hacia bien en Bruto y en Casio, no les diera ocasion de ser homicidas de quien les hizo el bien. Y si Marco Bruto mirara por quién intercedia cuando hizo que á Casio su cuñado le perdonase César, no le hiciera el mal de ocasionarle la ingratitud. Segun esto, el cuidado entero y solo toca al que hace bien; porque en el que hace mal, se reparte en el que le hace y le recibe. Excluyó toda presuncion, amenazó toda liberalidad necia. Si á Dios, luego que criando al hombre y haciéndole bueno y bien, y dándole bienes, le pagó mal; y si Dios y hombre fué pagado de la misma suerte, — teman todos, no para dejar de hacer bien, sino para saber hacer bien sin hacer con el bien mal y malos; que es mas acierto no hacer mal al bien en el malo, que hacer peor al malo con el bien.

Conócese que César temia ya á cada uno de por sí, y mucho mas la amistad y el parentesco que tenian, pues dando espe-



ranzas para pretender la pretura urbana á cada uno en secreto, los dividió con enemistad ambiciosa. Mas fácil fuera no juntarlos que dividirlos : pudo hacer lo primero, y no lo segundo. Aquel está mortal, en quien es tan peligroso el remedio como la dolencia. Necesitaba César de la autoridad de estos dos hombres; hallábase aventurado entre ellos; queria tenerlos por amigos á ambos, y conveniale que ellos fuesen entre sí enemigos; trazólo con maña, no con dicha. Y para tenerlos él, y que el uno echase al otro, los puso en paz y en guerra con unas mismas mercedes; pues, confesando que merecia la pretura urbana con más razon Casio, y dándosela á Bruto, — dejó á Bruto quejoso, con la pretura que le dió, de la razon que le negaba; y á Casio, á quien dió otra pretura, de la urbana, que negaba á su razon. Con nada contentan los principes; porque todos se juzgan igualmente beneméritos. No es posible á los reyes dejar de dar los puestos, ni contentar y hartar con ellos á los que los reciben. Si lo consideran, más padecen que hacen.

Entendieron Casio y Bruto la mente de César; y por medio de sus amigos, si del todo no se reconciliaron, entre si se confederaron contra él, y aunaron las quejas propias contra el príncipe. Esta fué la primera disposicion á la conjura contra su vida, y ocasionó la primera plática sospechosa de las mercedes del tirano.

#### TEXTO.

« En este tiempo advirtieron á César, que Marco Antonio y Dolabela maquinaban novedades y tumultos. Con ánimo constante y présago, leyendo esta advertencia, dijo : Yo no temo hombres gordos y guédejudos, sino hombres descoloridos y flacos : denotando á Casio y Marco Bruto. Y valiéndose de esta ocasion los atentos en la calumnia ajena, le dijeron que no se fiase de Bruto; á los cuales, tocándose afectuosamente el pecho con la mano, dijo César : *¿ Por qué ? ¿ os parece á vosotros que Bruto se cansará de aguardar este cuerpecillo ?* Dando á entender que con él á nadie pertenecia tanto poder como á Bruto, y que habia de nombrarle por sucesor suyo : lo que le sucediera si aguardara. »

#### DISCURSO.

Poco hay que temer en aquel hombre que embaraza su alma en servir á su tez, y á llenar de mas bestia la piel exterior de su cuerpo. Entendimiento que asiste á la composicion del cabello, poco cuidado puede dar á otra cabeza; y en la suya que riza, mas veces es cabellera que entendimiento. El hombre gordo es mucho hombre y grande hombre en el peso y en la medida, no en el valor; porque en el que es abundante de persona, la vida está cargada y la mente impedida; y como sus acciones obedecen perezosas á su demasia de cuerpo, así sus sentidos no pueden asistir desembarazados al dictámen del juicio. Ponen toda su conveniencia en el alimento, son tiranizados de la comodidad, y su diligencia no sale de pretender agradar con las galas la vista ajena, y con las golosinas la propia boca. Conténtanse con desear mal, porque lo pueden hacer en la cama y en la mesa. No le hacen, por no hacer algo. Al contrario los ciudadanos flacos y descoloridos, como los gruesos alimentan sus estómagos de su entendimiento, estos hacen alimento de sus entendimientos sus estómagos. Dígiéreles su imaginacion las personas, bébeles la sangre su entendimiento. Por eso su tez está mal asistida de su sangre. Tienen descolorido el rostro, y colorado el corazon. Quien piensa tan profunda y continuamente que se consume á si mismo, ¿ qué hará al que aborreciere? Pensar y callar son alimento de los grandes hechos y venganzas. Sabia César que él propio habia sido sospechoso al filósofo por flaco y desaliñado, cuando dijo : *Cavendum est à puero malè praeincto* : Debemos guardarnos del mozo mal ceñido. Y como supo sacar cierta su sospecha, tuvo sospecha de Bruto y de Casio, y no de Marco Antonio y Dolabela, hombres abultados con las desórdenes de la gula, ocupados en afeminar las propias asperezas varoniles, á quien solamente deben las ramerias por competidores. Estos tales al lado de los principes, siempre ocupando con invenciones el ocio y poblando de mentiras la atencion real, y desacreditando con la traicion á los leales, y con los chismes de la paz los trabajos de la guerra, han ocasionado los estragos y castigos que han hecho los flacos y malaliñados.



No le importó tanto á César despreciar aquellos como el no despreciar á estos, á los cuales supo decir que temia, y no supo temerlos. Reforzaronle la sospecha los que á su lado hacian mala vecindad á la dicha de Bruto, diciéndole se guardase de él. Y César se asegura de la intencion ajena que él teme, y le acusan con la propia de hacer á Bruto su heredero, cosa que él solo sabia. Mucho ignoró César: disculpa tiene, pues se creia á si era Bruto su hijo. Afirmó, tocándose el pecho, que aguardaria el fin de su cuerpo, siendo la ambicion mas impaciente que la venganza. El hijo ama al padre en tanto que no sabe que en muriendo su padre hereda la hacienda; porque, en sabiéndolo, olvida el sér que le dió, por la herencia que ya no le da. La ambicion se irrita con promesas; no se satisface. Vida que difiere la riqueza del pobre que espera, es mas aborrecida que la pobreza que padece el que espera. Quien tiene lo que ha de dejar á otro, le justifica, ó por lo ménos le ocasiona deseos de que se lo deje, y diligencias para que se lo acabe de dejar. Y segun esto, debiendo César temer á Marco Bruto mas por heredero que por flaco y descolorido, se aseguró del mayor riesgo con el menor.

#### TEXTO.

« Casio, hombre animoso, feroz, aborrecia á César en secreto mas que en público, y por esto contra él incitaba y encendia á Bruto. Dijose que Bruto aborrecia el reino, y Casio el rey; el cual, por unos leones que siendo edil curul habia juntado, y se los quitó César, estaba ofendido. Estos leones halló César en Megara, cuando la tomó Caleno, y los retuvo. Y despues estas mismas fieras, con lástima de los propios enemigos, fueron sangrienta ruina de los megarenses. Esta afirman, mas con poca razon, que fué la principal causa de la conspiracion de Casio contra César. Empero la causa no fué forastera, ni otra sino la libertad de Casio, desde su niñez impaciente de imperio y servidumbre, y una condicion resuelta y belicosa contra toda presuncion y soberbia: facinerosa para consentir superior, y insolente para admitir igual. Con tal rencor aborreció los tiranos, que, siendo niño y concurriendo á unos juegos con Fausto hijo de Sula, y encareciendo el poderío

de su padre con grandes encarecimientos, Casio le dió una bofetada. Y pretendiendo volver por Fausto y vengarle los amigos de su padre que le tenian á cargo, lo estorbó Pompeyo, el cual, juntado los dos muchachos y preguntándoles la ocasion de la riña, dicen que Casio respondió, enajenado de la cólera, con estas palabras: Ea, Fausto, atrévete á decir delante de este las palabras por que me enojé; que yo te desharé á puñadas la boca con que las repitieres.»

#### DISCURSO.

Los que buscaron por causa de la conspiracion de Casio contra César, los leones de Megara, no sabian que el corazon de Casio, donde se encerraba la ira precipitada y la soberbia resuelta, era leonera y no corazon; y que su fiereza natural no necesitaba de otras fieras. Realmente que en las repúblicas estos hombres de enojo desbocado y condicion cerril pueden ser útiles muchas veces, si bien pocas veces lo saben ser. Mas provechoso es al príncipe el que le da cuidado, que el que se le quita; porque, siendo cuidado el reino, le quita el reino quien le quita el cuidado. Las leyes, amenazadas de la majestad, se sirven de estos ciudadanos por orillas del sumo poderío. No acortan las coronas; ántes las ajustan. No las quitan, sino las arraigan. El que los sufre, se acredita; el que los persigue, los acredita. Dios, que cuida de las dolencias de los reinos, los produce por medicina; porque el vasallo que aborrece en el príncipe lo que le hace aborrecible, no aborrece al príncipe, sino á quien le aborrece: quien le acredita la licencia que se toma, se toma licencia para decir que le da lo que le quita. Mucho les importa á los monarcas no admitir con nombre de arbitrio que socorre, el despojo que necesita; ni con nombre de ampliacion del poderío, la disminucion de él. Quien extiende cuanto mas puede en panes la barra de oro, al paso que la extiende, la adelgaza; y de barra sólida que no se puede romper, la vuelve hoja que aun no se defiende de la respiracion del que la mira. Así suelen los artifices de la maldad extender el poder de sus príncipes, hasta que, de puro delgado, le puede llevar donde quisiere su resuello.

El ostracismo tuvo por virtud el desterrar la virtud en emi-



nente grado. Era el destierro canonizacion; causábale el exceso del mérito: no temian la bondad, sino el séquito que merecia. No pudo Roma sufrir las grandes hazañas y las santas costumbres de Scipion. Conociólo él, y, religioso, dijo: Mas quiero que con el destierro falte Roma á Scipion, que no que Scipion falte á Roma en el destierro. ¡Extraña medicina, echar la salud para quedar sanos! La libertad se perpetúa en la igualdad de todos, y se amotina en la desigualdad de uno. Por eso Casio desde niño aborreció la superioridad, aun en la presuncion de otro alguno; y varon, en las armas y fortuna de César: fué su natural contagio para Marco Bruto.

## TEXTO.

« Las pláticas repetidas en los amigos y las ordinarias voces en las conversaciones de los ciudadanos, y los escritos que discurrían en secreto, inquietaron á la conjuracion el ánimo de Marco Bruto; porque amanecía escrito los mas dias en la estatua de su progenitor Junio Bruto el que dió fin á la dignidad real: ¡ *Oh si fueras hoy, Bruto!* ¡ *Oh Bruto, si hoy resucitaras!* Y en el tribunal del propio Bruto cada dia hallaban carteles que decían: ¡ *Duermes, Bruto? No eres verdadero Bruto.* Todo este mal causaban á César mañosamente sus aduladores, que lo uno le cercaban de honras envidiosas; lo otro de noche á sus estatuas las ponían diademas, para provocar con estas insignias que le aclamase el pueblo, no dictador, sino rey, que era el nombre aborrecible entonces. »

## DISCURSO.

Era Marco Bruto varon severo, y tal, que reprendía los vicios ajenos con la virtud propia, y no con las palabras. Tenía el silencio elocuente, y las razones vivas. No rehusaba la conversacion, por no ser desapacible; ni la buscaba, por no ser entremetido. En su semblante resplandecía mas la honestidad que la hermosura. Su risa era muda y sin voz: juzgábanla los ojos, no los oídos. Era alegre solo cuanto bastaba á defenderle de parecer afectadamente triste. Su persona fué robusta y sufrida lo que era necesario para tolerar los afanes de la

guerra. Su inclinacion era el estudio perpetuo, su entendimiento judicioso, y su voluntad siempre enamorada de lo licito, y siempre obediente á lo mejor. Por esto las impresiones revoltosas fueron en su ánimo forasteras é inducidas de Casio y de sus amigos, que, poniendo nombre de celo á su venganza, se la representaron decente, y se la persuadieron por leal. Empero no puede negarse que siempre por su dictámen aborreció en César la ambicion y la causa de sus armas, pues olvidando la propia injuria en la muerte de su padre, en que fué culpado Pompeyo, se puso de su parte; y peleando con él y á su órden por la libertad de Roma, se perdió en Farsalia. Mostrábase Bruto mal contento con prudencia suspensa, porque sabía cuánto riesgo hay en empezar cosas que se aseguran si las sigue el pueblo, pues aun en llegarse á las que sigue hay peligro; porque la multitud, tan fácilmente como sigue, deja, y en lugar de acompañar, confunde. Es carga, y no caudal: carga tan pesada, que hunde al que se carga della; y al contrario, ninguna cosa que no sea muy leve la cargan, que en ella no se hunda. Alborótase como el mar, con un soplo, y sólo ahoga á los que se fian de ella. Los sediciosos y rebelados contra César descifrabán los silencios de Bruto; y aunque creían eran á su propósito sus deseos, no se atreviendo á preguntárselos, se los espíaron con rótulos y carteles en la estatua de su antecesor y en su tribunal. Platican algunos principes por acierto bien reportado el despreciar los papelones y pasquines que hacen hablar mal á las esquinas y pilares, porque dicen que el mejor modo que hay de que callen es no hablar en ellos, y que mejor se caen dejándolos, que quitándolos. Esta templanza y razon de estado vive mal informada del fin que tienen en tales libelos las lenguas postizas de las puertas y cantones. No es su intento deshonorar al que vituperan: mas oculto es el tráfigo de su malicia. Fijanlos para reconocer, por el modo con que hablan de ellos, los retiramientos de los corazones cerca de las personas de quien hablan. Fijanse para reconocer quién son los que aborrecen á los que aborrecen: no lo hacen para desfogar el enojo, sino para descubrir el caudal y séquito que hay para desfogarle. Yo llamo á estos papeles (no sé si acierto) veletas del pueblo, por quien se conoce adónde y de dónde corren el aborrecimiento



y la venganza, lo que estudia y sabe el que los pone, por lo que oye decir á los que los vieron puestos. Cuán diabólico ardid sea este, conócese en que, siendo tan bien reportada la mente de Bruto, y su intencion tan sin salida, se la descerrajaron tres letreros tan breves como: « ¡ Oh si fueras Bruto! — ¡ Oh Bruto, si vivieras! — Bruto, no eres verdaderamente Bruto; » que en todos tres, faltando letras para un renglon, sobraron para una conjura. Permitaseme presumir he servido á los principes en poner nombre por donde sea conocida esta mina.

Y si bien para batir la vida de Julio César esta fué poderosa munición, no tuviera fuerza á no valerse de los aduladores de César. Si esta parte la sé decir y hallo quien me la sepa creer, yo seré el mas justificado acreedor que tenga la conservacion de los reyes y monarcas. Mi riesgo y el suyo es que los que á mí no me pueden contradecir el decirlo, los contradirán á ellos el creerlo. ¡ Oh monarcas! Desembarazad las orejas de los que os las muerden y no os las hablan, y sólo os las sueltan sus bocas para despedazar y tragarse el consejo que viene á ellas. Oid en la vida de César para su muerte esta cláusula, y agotad en ella vuestra atencion por vuestra salud. Ahora veréis que exclamo con razon, y que exclamo poco. No halló todo el estudio de la maldad y todo el desvelo de la traición otra manera de hacer á César aborrecible, sino ampliarle la soberanía, las honras y el poder, y crecerle en divinidad los nombres y los blasones. Ponian en la cabeza de su estatua diadema que negociase á la cabeza de su cuerpo el cuchillo: la que se veía corona sobre el retrato, se leía proceso contra el original. Sobrescribian sus simulacros con estas palabras, *César rey*, para que, llamándose el pueblo que lo leía, le publicase tirano, y no dictador. Solamente los hechiceros de la ambición pudieron confeccionar corona que quitase corona, honra que atosigase la honra, vida que envenenase la vida, adoracion que produjese el desprecio, aplauso que granjease odio. ¡ Gran ceguedad es la mia, que con vanidad de maestro estoy enseñando cosas á los principes de quien las aprendo! Mas no por esto seré culpable. Yo hago oficio de espejo, que les hago ver en sí lo que en sí no pueden ver. Ninguno puede ver en su rostro la fealdad que en él tiene; y el que con los propios ojos no puede verse á sí, la ve y se la advierte. Padecen los reyes

esta enfermedad y no la sienten, y por no sentirla es peligrosa. Los que los enferman, juntamente les dan el mal y les quitan el sentido. No es fuera de propósito que unos miembros se quejen por otros. Del rey, que es cabeza, son miembros los vasallos. Cuando los vasallos se quejan, el rey les duele. Apodérase una apoplegia del cerebro: muérense los piés, y tiemblan las manos; y por la cabeza, que padece y calla, hablan con temblores los brazos. De la gota que en el corazon derriba el mal caduco, es señal el impetu que furiosamente maltrata los miembros. Y pues los letargos que os asisten con nombre de ministros (ó cabezas del mundo) os quitan el sentido de los males que os causan, conocedlos en las quejas de vuestros miembros. Grande dolor es sentir mucho, y grande enfermedad no sentir nada: esto es ya de muerto; aquello aun es de vivo. Por esto habiades de sentir mas la falta de sentimiento, que la sobra de dolor. Y advertid que hay quien pone la corona en la cabeza, para quitar la cabeza con la corona. En la cabeza de la estatua de César fué su ruina una diadema; en los piés de la estatua de Nabuco una guija: de piés á cabeza sois peligrosos. Doctrina son estas dos estatuas: honra añadida os enferma la cabeza, que sois vosotros; pequeño golpe de cosa pequeña os deshace los piés, que son vuestros vasallos. Segun esto, vuestro cuidado ha de ser no consentir para vosotros demasiada grandeza, ni para ellos aun pequeño golpe.

#### TEXTO.

« Solicitando Casio todos sus amigos contra César, le respondian todos que asistirían su intento, como Marco Bruto le asistiese en él; dando á entender en esto que no echaban menos para dar la muerte á César, manos ni determinacion, sino la autoridad de tan grande varon como Bruto; porque su presencia y el empeño de su virtud autorizaba la accion, y bastaba sólo á calificar de honesto el hecho; y que sin él le habian de empezar con sospecha, y le habian de efectuar con temor; porque él, si se excusase, mostraria que era injusto; y si le asistiese, que era justificado. Habiendo revuelto estos pareceres Casio, la primera diligencia que hizo fué irse á buscar á Bruto; y despues de haberse reconciliado con él por cari-



cias y abrazos, le preguntó si se pensaba hallar en el Senado el día de las kalendas de marzo, porque habia entendido que los amigos de César aquel día querian tratar de establecer su reino. Y respondiendo Bruto que no iria, Casio replicó: *Pues ¿qué haremos si nos llaman y nos preguntan? — Ya entonces, dijo Bruto, me tocará, no callar, sino defender la libertad y perder la vida por ella.* Entónces, levantándose Casio animosamente, dijo: *¡Oh Bruto! ¿qué ciudadano habrá en Roma que consienta que mueras de esa suerte por la libertad? ¿Por ventura, Bruto, te ignoras á ti mismo? ¿Ó acaso te persuades que estos carteles los han fijado en tu tribunal oficiales mecánicos y gente vil, y no quieres creer que los pusieron príncipes y ricoshombres? De otros pretores esperan dádivas, espectáculos y juegos de gladiadores; de ti, como heredero y descendiente del cuchillo de los tiranos, esperan alcanzar la libertad. Todos están determinados de ofrecerse por ti á la muerte, y á no perdonarse por tu salud algun peligro, si, como te quieren y te esperan, te hallaren.* Dijo, y abrazando apretadamente á Bruto, se dividieron, acudiendo cada uno á hablar á sus amigos. »

## DISCURSO.

No hay tirano que no acaben, si se juntan uno que aborrece la tiranía por su naturaleza, y otro que la aborrece por la razon. Entónces el aborrecimiento es cabal, cuando se aunan el que aborrece al tirano y el que aborrece la tiranía: aquel incita, y este ordena; el uno es entendimiento de la inclinacion del otro. Estas dos personas juntas dieron la muerte á Julio César, y fueron mas eficaces para tan grande hecho, porque él los juntó á sí para que se juntasen entre sí contra él. Casio, cuyo aborrecimiento era hijo de su natural, se atrevió á empezar la plática y á envenenar con tales razones á sus confidentes.

## ORACION DE CASIO.

• Si Julio César se deja persuadir, temerario de la ambicion y la soberbia, á ser tirano de su patria y cárcel de nuestra

libertad, ¿cómo nosotros, ciudadanos de Roma, á ser leales no persuadiremos de la razon y de la justicia? ¿Y por qué desconferemos que los dioses, que han permitido vitoria á sus robos, la nieguen á nuestra santa restitucion? Dudar esto seria culparlos en su providencia; y pues no tiene mas vida el que sabe ser malo, de hasta tanto que otro sabe ser bueno, cada día y cada hora que se alargare su vida será fea acusacion de nuestra maldad. ¿Qué esparamos por nuestro temor, cuando la república nos espera por su remedio? Dos peligros grandes tenemos: en sabernos librar del peligro infame está el librarnos. Peor es vivir indignos de la vida por no saber morir, que morir dignos de vida por saber buscar la muerte. Los grandes hechos nunca se hacen sin aventurarlos. Y hay mayor riesgo en desear dar muerte al tirano, que en dársela; porque quien empieza lo que todos desean, empieza sólo lo que acaban todos. ¿Qué trabajo se iguala al disimular (obedientes á la adulacion del tirano) con las mentiras de la cara las amenazas del espíritu? Sabe el tirano que no merece el aplauso de los disimulados, y castiga primero á aquellos de quien tiene sospecha que á los de quien tiene queja; porque teme por peor lo que malicia que lo que ve, cuanto se debe juzgar mas dañoso el enemigo oculto que el descubierto. Si teméis sus armas, yo os certifico que ellas no aguardan para ser nuestras sino á que él deje de ser; que el difunto no tiene otro séquito que el de la sepultura. Ni tenemos otra cosa que temer en este hecho sino la dilacion; porque si le damos tiempo, establecerá su reino y fortificará su poderio con hechuras, y comprará amigos con las mercedes y beneficios. Yo no tengo enemistad con la persona de César, sino con su intento; ni en estas palabras oís mi venganza, sino mi celo. El pueblo os llama con carteles frecuentes, la patria con suspiros, yo con razones. Consultad con la honra y la obligacion mi discurso; que yo fio de vuestro valor que no le faltará voto. »

Oyeron esta peste bien razonada, y respondieron que no les faltaban manos ni valor para la ejecucion; empero que echaban ménos para este hecho la persona de Marco Bruto, que con la asistencia de sus virtudes y opinion la calificaria; y ofrecieron al riesgo, si Bruto los acompañase en él Anduvieron bien advertidos, pues para matar á César echaron mé-



nos el hombre que sabian estimaba mas. Siempre se da el veneno en lo que mas frecuentemente se come, ó se pone en lo que ordinariamente se trae.

## CASIO Á BRUTO.

Casio, que vió remitida esta faccion en el consentimiento de Marco Bruto, se fué á él, y con caricias de cuñado y abrazos de amigo, despues de haber reconciliado con él las diferencias pasadas, como quien conocia la prudencia de su mente, por mejor cautela preguntó y no propuso. Dijole que si se pensaba hallar el dia de las kalendas de marzo en el Senado; porque se decia que en él los amigos de César le querian elegir por rey. Con esta palabra coronada al que amaba la libertad de la patria, puso el escándalo de la pregunta en ella. Bruto, que reconocia que el hombre cuerdo, como no ha de rehusar los riesgos, no los debe salir á recibir ni entrarse en ellos, respondió que no iria al Senado; mas replicando Casio: « Y si nos preguntan ó nos llaman, ¿ qué debemos hacer? » Dijo Bruto: « Entonces derramaré mi sangre y perderé mi vida por la libertad; » porque el que verdaderamente es buen consejero, puede dejar de ir al Senado; mas si va, no puede en él dejar de hacer y decir lo que fuere justo. Puede morir con violencia, mas no sin constancia. Casio, prevenido, le tomó la palabra, y con las alabanzas y seguridades que se leyeron en el texto le dejó encargado de la hazaña con muchas demostraciones de amor. Y es de notar que siempre fué causa para la conjuracion contra César quien le amplió la soberanía. Levantó al pueblo quien puso diadema en su estatua. Amotinó á Bruto Casio con decir que se juntaban en el Senado para hacerle rey, siendo dictador.

## TEXTO.

« Era en aquel tiempo un cierto Cayo Ligario, que habia sido favorecido de Pompeyo, por lo que habia sido acusado y sospechoso á César; mas despues César le perdonó, y aunque le hizo muchas mercedes, aborreciendo siempre el desordenado poder de César, secretamente le aborrecia, y por la propia

razon tenía con Bruto muy estrecha amistad. Pues como este estuviese enfermo, fué á visitar Bruto; y llegando á la cama donde estaba, le dijo Bruto: *¡ Oh Ligario! ¿ por cuál causa estás en la cama y enfermo en este tiempo?*  Á estas palabras, levantándose Cayo Ligario sobre el codo, respondió:  *De verdad, Bruto, yo estoy bueno y sano si tú piensas y hablas cosas dignas de ti mismo.*  Y desde aquella hora lo comunicaron todo con todos sus amigos. Y no solamente hicieron una cabeza de sus confidentes, mas aunaron consigo todos aquellos que eran inclinados al bien comun, atrevidos y despreciadores de la muerte. Y si bien Ciceron era benévolo y fiel para con todos ellos, les pareció ne darle cuenta de lo tratado; porque, siendo Ciceron cobarde, y persona que con palabras solas y fiado en ellas presumia efectuar todas sus cosas, con seguridad temieron que, siendo su designio tal que necesitaba de obra y de presteza, se le dilatara en palabras. Asimismo, de los amigos que tenia, excluyó en esta determinacion Marco Bruto á Statilio, epicureo, y á Favonio, imitador de Caton, por haber hecho en las disputas y conversaciones experiencias de su sentir. Habia dicho Favonio que la guerra civil era peor que la mas dura tiranía; y Statilio, que al varon sabio y prudente no le era lícito por causa de los malos y de los necios arrojarse en los peligros temerosos. Y como, oyendo lo que estos dos dijeron, Labeon, que estaba presente, los contradijese, viendo Bruto que aquella disputa era escrupulosa y aventurada, calló; despues comunicó á Labeon su intento. Este no sólo ofreció de asistirle en él, sino que luego habló á otro que se llamaba Bruto Albino, que aunque no era noble, ni virtuoso, ni valiente, porque era poderoso por la multitud de gladiadores que para los espectáculos juntaba, le paració á propósito reducirle á la conjura. Habláronle Casio y Labeon; mas, no habiéndoles dado respuesta, y hablándole en secreto despues Marco Bruto y diciéndole que él era capitan de esta resolucion, ofreció que con todas sus fuerzas le asistiria en ella. Y no sólo á este, mas á otros muchos persuadió solamente el nombre esclarecido de Bruto, los cuales todos, aunque se confederaron sin solemnidad de juramentos, ni de tocar aras, ni hacer sacrificios, de tal manera sepultaron en su silencio su consejo, que por mas que se le pronosticaban á César astrólogos, prodigios y en-



trañas de ofrendas, no se pudo penetrar ni entender, y pasaron sin crédito tan manifiestos agüeros y adivinos. »

## DISCURSO.

Cuando por las desórdenes de algun príncipe se muestra el pueblo descontento, peligran los buenos y los sabios entre las quejas de la gente y las espías y acusadores que el tirano trae mezclados en todos los corrillos; y es casi imposible poderse salvar en esta borrasca. los oídos ni las lenguas; porque para el que teme, igualmente es cómplice el que calla como el que responde. Es delatado el silencio por pensativo, y la voz por impaciente; y extiéndese á tanto el riesgo, que aun no se libra de él quien, conociendo los delatores, por disimular alaba y defiende las violencias; porque aquel que se encarga de acusar para que el tirano estime su maña y la tenga por mayor que la prudencia del recatado, no refiere lo que dijo delante de él, sino lo que queria que dijese; y alega por grande servicio el falso testimonio, y acredita su eminencia con sus mentiras. Hace su oficio de acusador y de soplón en el que habla mal del príncipe; y en el que habla bien, con imposturas no consiente que se le deshaga. Saben estos que el tirano (tal es la miseria de su estado) sólo estima al que le da mas noticia de mas enemigos, y que sólo tiene por sospechoso al acusador que deja de acusar á alguno; y esto porque siempre está de parte del odio que merece á todos. Por estar advertido de estos inconvenientes, Cayo Ligario se retrajo á la cama y se fingió la enfermedad, asegurando con ella la salud de su sosiego. Marco Bruto, como hombre discreto, no creyendo á la cama, y persuadiéndose era ardid y no enfermedad, le dijo: « ¿ Cómo estás en el lecho en este tiempo? » Y no le preguntó por qué dolencia estaba en él; que en cosas tan arriesgadas es seguro el reconocer, y aventurado el preguntar. Quinto Ligario le habló como á médico de quien podia fiar su mal, y le dijo, levantándose: « Yo estoy bueno y sano si tú piensas y dices cosas dignas de tu persona. » Persuádome que Marco Bruto le diria tales palabras.

## ORACION DE BRUTO.

« Hasta ahora, oh Ligario, me he llamado Bruto: ya se llegó la ocasión de serlo. Quiero y debo pasar el nombre á los hechos. Pues Julio César imita á Tarquino, yo Marco Bruto quiero imitar á Junio. Vencido he ya con las utilidades de su muerte las amenazas de la mia. Más quiero que se acorte lo que me resta de vida, que es ménos, que infamar lo que de mi vida ha pasado, que es mas. Yo hago el negocio de los porvenir: prevengo á los que aun no son, para que sepan ser á costa de los que no son como debian ser. Breve es la vida; ántes ninguna en aquel que olvida lo pasado, y desperdicia lo presente, y desprecia lo porvenir. Y solamente es vida y tiene espacio en aquel varon que junta todos los tiempos en uno. Cuando el pasado con la recordacion le vuelve el que pasa, con la virtud le logra, y el porvenir con la prudencia le previene. Á esto aspiro, ¡oh Ligario! Acuérdomme de lo que fué entónces, cuando la maldad coronada tuvo por limite el cuchillo de mi ascendiente. Quiero desempeñar mi obligacion en lo que hoy es, y prevenir para adelante lo que será. Hasta ahora hemos sabido todos que Roma es nuestra madre; hoy apenas sabe Roma quién de todos es su hijo. Perder la libertad es de bestias; dejar que nos la quiten, de cobardes. Quien por vivir queda esclavo, no sabe que la esclavitud no merece nombre de vida, y se deja morir de miedo de no dejarse matar. Tenemos por honesto morir de nuestra enfermedad, y ¿rehusaremos morir de la que tiene nuestra república? Quien no ve la hermosura que tiene el perder la vida por no perder la honra, ni tiene honra ni vida. Á Roma ántes dejaré de ser ciudadano que hijo. El haberme faltado la fortuna para este intento en el ejército de Pompeyo, ántes me anima que me desmaya; que tan justificadas acciones las niegan los dioses á la locura de la suerte, para concederlas á la razon de la virtud. Toda la sangre de Farsalia, en vez de escarmentarme, me aconseja. Allí hice lo que pude: aquí haré lo que debo. Si los dioses no me asistieren, yo no dejaré de asistir á los dioses. No pude hacer que las armas de César no empezasen á ser dichosas; emperó procuraré que no acaben de serlo. Si hubiere quien me siga, verá